

VIDA DEL EMPERADOR CARLOMAGNO  
EGINARDO

**VIDA DEL  
EMPERADOR  
CARLOMAGNO  
EGINARDO**

Después de decidir escribir la vida y el trato, y en parte no pequeña las hazañas de mi señor, el excelentísimo y merecidamente famosísimo rey Carlos, que costeó mi mantenimiento, lo llevé a cabo con la mayor brevedad de que fui capaz, preocupándome por no omitir nada de todo lo que pudo llegar a mi conocimiento y por no molestar con una narración prolija los espíritus de quienes rechazan todo lo nuevo, si es que de algún modo se puede evitar no molestar con un nuevo relato a quienes rechazan incluso los testimonios antiguos y escritos por varones doctísimos y elocuentísimos.

Y aunque no me cabe duda de que hay muchos que, dedicados al ocio y a las letras, consideran que el estado de la época presente no debe ser descuidado a tal punto que absolutamente todos los hechos que ahora suceden se entreguen al silencio y al olvido como si no fueran dignos de recuerdo alguno, e incluso prefieren, llevados por el deseo de durar, presentar las preclaras acciones de otros en escritos de cualquier especie antes que sustraer la fama de su propio nombre a la memoria de la posteridad no escribiendo nada, con todo no creí que debía abstenerme de un relato como el presente, ya que tenía consciencia de que nadie podía escribirlo con más veracidad que yo, por haber tomado parte en persona en dichos hechos y haberlos conocido, como dicen, en calidad de testigo ocular y por no haber podido saber a ciencia cierta si otro los iba a escribir o no. Y juzgué preferible dejar a la memoria de la posteridad lo mismo ya confiado a las letras por otros antes que permitir que cayeran en las tinieblas del olvido la ilustrísima vida del mejor y más grande rey de todos los de su época y sus egregios actos, casi inimitables por los hombres de los tiempos que corren.

Existía también otra causa no irracional, según pienso, que por sí misma podría haber bastado para obligarme a escribir esto: el gasto que supuso mi manutención y la perpetua amistad, después que comencé a frecuentar su corte, con mi protector en persona y sus hijos. Con ella me ató a sí de tal modo y me hizo su deudor, tanto durante su vida como después de su muerte, que con razón parecería y podría ser considerado un ingrato si, olvidando los beneficios de que me hizo objeto, dejara pasar en silencio las celebérrimas e ilustrísimas hazañas del hombre que más merece mi aprecio y permitiera que su vida quedara sin poner por

escrito y privada de la debida alabanza, como si nunca hubiese vivido.

Para escribir y explicarla hubiera sido preciso no mi pobre ingenio, que de débil y pobre es casi inexistente, sino la elocuencia ciceroniana. Mas he aquí el libro que contiene la memoria del más ilustre y grande de los hombres, en el que, salvo sus gestas, no hay nada que asombre, salvo, tal vez, el hecho de que un bárbaro muy poco ejercitado en el empleo de la lengua de Roma haya creído poder escribir de manera decente o conveniente en latín y haya llevado su desvergüenza hasta el punto de considerar despreciable lo que Cicerón, al hablar de los escritores latinos en el primer libro de sus *Tusculanas*, ha expresado: «Que alguien ponga por escrito sus pensamientos, sin poder ordenarlos, embellecerlos ni procurar con ellos algún deleite al lector, es cosa propia de un hombre que abusa desmesuradamente de su ocio y de las letras.»<sup>1</sup> Sin duda, esta opinión del egregio orador podría haberme apartado de la idea de escribir, si no hubiera ya determinado en mi espíritu someterme al juicio de los hombres y poner en peligro la reputación de mi pobre ingenio por escribir este libro antes que pasar por, alto el recuerdo de tan gran hombre sólo para evitarme ese tipo de disgustos.

[1] La familia de los merovingios, de la cual los francos acostumbraban elegir sus reyes, duró, según se considera, hasta el rey Childerico, quien, por orden del pontífice romano Esteban, fue depuesto, tonsurado<sup>2</sup> y relegado a un monasterio. Pero aunque pueda parecer que acabó con él, sin embargo hacía ya tiempo que carecía de todo vigor y no se distinguía por nada más que por esa vacía palabra "rey". Pues las riquezas y el poderío del reino se hallaban en manos de los prefectos de palacio, que eran llamados mayordomos o intendentes de la casa y a quienes correspondía el poder supremo. Al rey no le quedaba ya nada más que, contento con el solo nombre de rey, la larga cabellera y la barba crecida, sentarse en el trono y representar la figura del gobernante, oír a los embajadores que venían de todas partes y, cuando marchaban, entregarles las respuestas que se le habían indicado o incluso ordenado como si fueran suyas. Salvo ese nombre de rey, casi inútil, y una precaria paga para sustentarse, que le acordaba a su placer el prefecto

---

<sup>1</sup> M. Tulio Cicerón, *Tusculanas*, I, 3, 6.

<sup>2</sup> La cabellera larga era un privilegio y un símbolo de realeza entre los merovingios. El papa mencionado por Eginardo no es Esteban II, sino Zacarías.

de la corte, no poseía nada propio, sino una sola finca, y de renta muy pequeña, en la que tenía una casa y una pequeña cantidad de servidores que le proporcionaban lo necesario, además de demostrarle respeto. A cualquier parte que tuviera que ir lo hacía en un carro tirado por bueyes uncidos a los que conducía un boyero a la manera rústica. Así solía ir al palacio, así a la asamblea pública de su pueblo, que tenía lugar anualmente en interés del reino, y así volvía a su casa. El prefecto de la corte proveía a la administración del reino y a todo lo que, dentro y fuera, debía atenderse y disponerse.

[2]. Desempeñaba este oficio, en el momento de ser depuesto Childerico, Pipino, el padre del rey Carlos, casi ya con carácter hereditario. Pues Carlos, su padre, que aplastó a los tiranos que reclamaban para sí el poder absoluto sobre toda Francia y derrotó a los sarracenos que intentaban ocupar la Calia en dos grandes combates —uno en Aquitania, cerca de Poitiers; el otro en las inmediaciones de Narbona, junto al río Berre— de modo de obligarlos a regresar a España, ocupó de modo ilustre esa misma magistratura que le fuera entregada por su padre, Pipino. El pueblo no acostumbraba conceder este cargo honorífico sino a quienes se destacaban de los demás por su ilustre linaje y la amplitud de sus riquezas.

Habiendo Pipino, el padre de nuestro rey Carlos, ocupado dicha magistratura que recibieran él y su hermano Carlomán de su padre y su abuelo y que compartieran en total concordia, su hermano, no se sabe por qué razones —aunque parece que llevado de su amor por la vida contemplativa—, tras abandonar la dura tarea de administrar el reino temporal, se dirigió a descansar a Roma, y allí, cambiando su hábito por el de monje y después de construir un monasterio en el monte Soracte, junto a la iglesia de San Silvestre, se dedicó a gozar de la deseada quietud durante algunos años, en compañía de los hermanos que habían venido junto con él a tal fin. Pero como muchos de los nobles que iban de Francia a Roma para cumplir anualmente sus promesas no querían dejar de presentarle sus respetos como antiguo señor, interrumpiendo con frecuentes visitas el ocio en que máximamente se deleitaba, se vio obligado a cambiar de lugar. Así pues, al ver que la repetición de la ceremonia obstaculizaba su propósito, abandonó el monte y se retiró a la provincia de Samnio, al monasterio de San

Benito, situado en la ciudadela de Cassino, y allí terminó, viviendo religiosamente, lo que le quedaba de vida temporal.<sup>3</sup>

[3]. Así pues, Pipino, de administrador de palacio fue elevado a rey por la autoridad del pontífice de Roma, y después de reinar solo sobre los francos durante quince años o más, terminada la guerra contra Waifre, duque de Aquitania, que se prolongó durante nueve años continuos, murió en París de hidropesía, sobreviviéndole sus dos hijos, Carlos y Carlomán, a quienes, por voluntad divina, tocó la sucesión del reino. En efecto, los francos, reunidos solemnemente en asamblea general, los hicieron reyes a ambos con la condición de que se repartieran por igual todo el cuerpo del reino, y que tomaran, Carlos la parte que el padre de los dos, Pipino, había ocupado, y Carlomán la que el tío de ambos, de su mismo nombre, había gobernado. Ambas partes aceptaron las condiciones y recibieron la parte del reino dividido según el modo propuesto; y se mantuvo la concordia, aunque con suma dificultad, ya que muchos partidarios de Carlomán intentaron quebrar el acuerdo, al punto que algunos incluso procuraron hacerlos entrar en guerra. Pero los hechos posteriores demostraron que en todo esto había más sospecha que peligro, cuando, a la muerte de Carlomán, su esposa e hijos junto con algunos que eran los primeros de entre sus grandes, huyeron a Italia y, sin que existiera causa alguna, despreciando al hermano de su marido, se fue a poner bajo la protección de Desiderio, el rey de los longobardos.

Efectivamente, Carlomán, tras administrar el reino en común con su hermano durante un bienio, murió de enfermedad; Carlos, por su parte, a la muerte de Carlomán, fue nombrado rey por consentimiento de todos los francos.

[4] De su nacimiento y primeros años, e incluso de su infancia, como no hay nada declarado por escrito ni se encuentra ya a nadie que diga tener conocimiento de ello, juzgo absurdo escribir, de modo que me dispuse a pasar directamente, omitiendo lo desconocido, a sus actos y costumbres y a las demás partes de su vida que pueden explicarse y demostrarse; así pues, narrando en primer lugar sus hazañas en el orden interno y en el externo, luego sus costumbres y aficiones,

---

<sup>3</sup> En realidad, Carlomán terminó sus días en Viena.

finalmente la administración del reino y su muerte, no dejaré de lado nada de lo que es digno o necesario de conocerse.

[5] De todas las guerras que llevó a cabo, la primera que emprendió fue la de Aquitania, comenzada, pero no terminada, por su padre, porque le parecía que podía concluirse rápidamente, aún en vida de su hermano, a quien incluso solicitó ayuda. Y aunque su hermano no le proporcionara el socorro prometido, prosiguió denodadamente con la ejecución de la expedición comenzada, y no quiso desistir de la tarea una vez comenzada antes de concluir lo que procuraba llevar a término con incansable perseverancia. Obligó a dejar Aquitania y dirigirse a Gascuña a Hunoldo, quien después de la muerte de Waifre había intentado ocupar Aquitania y reemprender la guerra ya casi acabada. No soportando, sin embargo, que aquél permaneciera allí, después de atravesar el río Carona ordenó al jefe de los gascones, Lobo, enviándole embajadores, que le entregara al refugiado, amenazándole con declararle la guerra si no cumplía su orden de inmediato. Pero Lobo, pensándolo mejor, no sólo entregó a Hunoldo sino también se sometió a la autoridad de Carlos junto con la provincia que gobernaba.

[6] Solucionadas así las cosas en Aquitania, terminada esa guerra, y habiendo partido de este mundo también su asociado, llamado por el obispo de la ciudad de Roma, Adriano, y ante sus ruegos y plegarias, emprendió la guerra contra los longobardos.

Anteriormente, por cierto, y ante las súplicas del papa Esteban, también su padre había emprendido esta guerra con gran dificultad, pues algunos de los hombres principales de los francos a quienes solía consultar se habían mostrado a tal punto rebeldes a su voluntad que llegaron a proclamar de viva voz que abandonarían al rey y volverían a sus hogares. Sin embargo, se llevó a cabo la guerra, entonces contra el rey Astulfo, y fue concluida con gran celeridad. Pero si, al parecer, Carlos y su padre tuvieran una causa semejante, o más bien la misma, para emprender dicha guerra, no consta que se la llevase a término con esfuerzo y resultado semejantes. Pipmo, después de pocos días de asedio en Pavía, obligó al rey Astulfo a entregar rehenes, devolver las plazas fuertes y castillos arrebatados a los romanos y a jurar que no volvería a apoderarse de lo devuelto; Carlos, en

cambio, después de dar comienzo a la guerra, no cejó de obtener la rendición del rey Desiderio, a quien había quebrantado antes con largo asedio, de obligar a marcharse no sólo del reino sino también de Italia a su hijo Adalgiso, hacia quien parecían inclinarse las esperanzas de todos, de restituir a los romanos todo lo que se les había arrebatado, de someter a Rodgaut, prefecto del ducado del Friul, que intrigaba para rebelarse, de reducir a toda Italia a su poder, y de imponerle como rey a su hijo Pipino.

Podría escribir aquí cuan difícil le resultó, al entrar a Italia, la travesía de los Alpes, y con qué gran esfuerzo superaron los francos las cimas inaccesibles de los montes, las peñas que sobresalían elevándose al cielo y los ásperos escollos, si no tuviera en mi ánimo el dejar constancia en esta obra de su modo de vida más que de las guerras que llevó a cabo. Con todo, el fin de esta guerra fue la sumisión de Italia, el exilio perpetuo del rey Desiderio, que fue deportado, la expulsión de su hijo Adalgiso, y la restitución del patrimonio arrebatado por los reyes de los longobardos a Adriano, cabeza de la Iglesia romana.

[7] Después del final de esta guerra, se continuó la sajona, que casi parecía interrumpida. El pueblo de los francos nunca emprendió una guerra más larga ni más atroz ni más penosa que ésta, porque los sajones, como casi todos los pueblos que habitan Germania, feroces por naturaleza, entregados al culto de los demonios y adversarios de nuestra religión, no consideraban deshonesto violar o transgredir. También existían causas que podían turbar cada día la paz, en especial el hecho de que nuestras fronteras y las de ellos estaban contiguas y casi en todas partes en lugar llano, salvo unos pocos lugares en los que o grandes bosques o las cimas de las montañas, interpuestas, delimitan con claridad los campos de unos y otros; en aquéllas no cesaban de producirse matanzas, robos e incendios recíprocos. Con todo esto, los francos terminaron por irritarse tanto que ya no juzgaron suficiente devolver las ofensas, sino emprender contra ellos una guerra abierta.

Así pues, se les declaró la guerra, que se llevó a cabo con gran animosidad por ambos bandos, aunque con mayores pérdidas para los sajones que para los francos, durante treinta y tres años ininterrumpidos. Hubiera podido terminar antes, si la perfidia de los sajones lo hubiera permitido. Es difícil decir cuántas veces

vencidos y suplicantes los reyes se rindieron al rey, prometieron hacer lo que se les ordenaba, entregaron sin dilación los rehenes que se les mandaba, recibieron a los embajadores que se les enviaban, a veces tan dominados y debilitados que hasta prometieron abandonar el culto de los demonios y someterse a la religión cristiana; pero, así como a veces se mostraban inclinados a hacerlo, igualmente estuvieron siempre dispuestos a quebrantar sus juramentos, de modo que no sería fácil juzgar para cuál de ambas cosas podrían decirse con más verdad mejor preparados, puesto que después del comienzo de la guerra con ellos casi no pasó año sin que practicasen tal cambio.

Pero la magnanimidad del rey y su perpetua constancia, tanto en circunstancias adversas como favorables, no podía ser vencida por la mutabilidad de sus enemigos, ni apartada de lo que había comenzado. Pues nunca permitió que quedaran impunes cuando perpetraban una acción de tal tipo, castigando su perfidia ya poniéndose él mismo al frente del ejército, ya enviándolo con sus condes, e imponiéndoles una pena digna, hasta que, abatidos por completo y a su merced todos los que solían resistirle, trasladó a diez mil hombres de los que habitaban ambas orillas del Elba con sus mujeres e hijos y distribuyó a los deportados aquí y allí en Galia y Germania, en pequeños grupos; y se sabe que la guerra, así arrastrada durante tantos años, se terminó con la condición, propuesta por el rey y aceptada por los enemigos, de que tras abjurar del culto de los demonios y abandonar las ceremonias patrias, adoptaran la fe cristiana y sus sacramentos, y unidos con los francos formaran con ellos un solo pueblo.

[8] Durante esta guerra, aunque se prolongara por largo tiempo, no dio batalla, en persona, al enemigo más de dos veces: una vez cerca del monte que se denomina Osning, en un lugar llamado Thetmold, y otra junto al río Haase, y ambas en el mismo mes, con pocos días de diferencia. En estas dos batallas los enemigos fueron derrotados y desbaratados de tal modo que, con posterioridad a ellas, no osaron ya provocar al rey, ni oponerle resistencia en su avance, a no ser cuando se sentían protegidos por alguna fortificación del lugar. Sin embargo, en dicha guerra perecieron tantos hombres de los nobles francos como de los sajones y algunos de los que desempeñaban altos cargos. Finalmente, tocó a su fin después



de treinta y tres años, durante cuyo transcurso tantas y tan tremendas guerras estallaron en diversas partes del mundo contra los francos, y conducidas por el rey con tanta habilidad que con razón se podría dudar si conviene admirar en él más su capacidad para resistir los esfuerzos o su buena suerte. Pues esta guerra dio comienzo dos años antes de la itálica, y aunque fuera llevada a cabo sin interrupción, sin embargo no se abandonó ninguna de las que tenían lugar en otras partes y en ningún sitio se interrumpió el combate, tan duro como contra los sajones.

Pues el rey, que sobrepasaba a todos los de su época en sabiduría y magnanimidad, no retrocedió ante nada de lo que hubiera que comenzar o continuar, ni a causa de los esfuerzos que exigiese, ni por temor, sino que, habiendo aprendido a soportar y aceptar cada cosa según su naturaleza, no acostumbraba ceder en la adversidad ni dejarse halagar en la prosperidad, cuando la fortuna le sonreía.

[9] Mientras combatía contra los sajones asiduamente y casi sin interrupción, tras disponer guarniciones en lugares convenientes de sus confines, atacó a España con él mayor aparato bélico que le era posible. Atravesado el obstáculo de los Pirineos, recibida la sumisión de todos los castillos y plazas fuertes que encontraba en su camino, regresó con su ejército incólume, salvo que le tocó en suerte, en el retorno, experimentar algo de la perfidia vasca. Pues como el ejército marchara desplegado en largas filas, según lo exigía la estrechez del lugar, los vascos, tendiendo una emboscada en la parte más elevada de la montaña —pues se trata de un sitio ideal para tender emboscadas a causa del espesor de los bosques, que abundan allí—, se precipitaron a la hondonada y, atacando a la retaguardia que portaba la impedimenta y a quienes cubrían la marcha del grueso del ejército y acudían en socorro de la retaguardia, trabaron combate con ellos hasta matar al último hombre; luego, apoderándose de los bagajes, protegidos por la noche que caía, se dispersaron con la mayor rapidez en diversas direcciones. Ayudaban en esto a los vascos lo ligero de las armas y la naturaleza del terreno en que se desarrollaba el hecho; por el contrario, los francos luchaban en inferioridad de condiciones debido a lo pesado de sus armas y la desventaja de su situación en

el terreno. En esta batalla resultaron muertos Egiardo, senescal real, el conde de palacio Anselmo y Rolando, duque de la marca de Bretaña, junto con otros muchos. Y esta derrota no pudo ser vengada de inmediato, dado que el enemigo, una vez perpetrado el golpe, se dispersó de tal modo que no se pudo saber en modo alguno en qué parte del mundo se le podía encontrar.

[10] Sometió también a los bretones, quienes, como habitaban en el occidente, en una de las zonas extremas de la Galia, junto a las riberas del océano, no obedecían; así pues, envió una expedición contra ellos que les obligó a entregar rehenes y a prometer que en lo sucesivo harían lo que se les ordenara.

Entrando luego el rey en persona con su ejército en Italia y atravesando Roma para dirigirse a Capua, ciudad de Campania, una vez llegado allí, y tras haber acampado, amenazó a los habitantes de Benevento con la guerra, si no se le rendían. El jefe de éstos, Aragiso, conjuró el peligro enviando a sus hijos, Romualdo y Grimaldo, al encuentro del rey con una gran suma de dinero, y rogándole que recibiera a los nombrados como rehenes, prometió que él y su pueblo cumplirían con lo que se les mandara, con la sola condición de que se le dispensara de comparecer en persona.

El rey, por consideración al interés del pueblo antes que a la obstinación de espíritu de su jefe, aceptó los rehenes que se le habían ofrecido y concedió como favor especial al padre que no compareciera ante su presencia; reteniendo en calidad de rehén al hijo menor, le envió al mayor. Tras despedir a los embajadores para que exigieran y aceptaran de los beneventinos y su jefe los juramentos de fidelidad, regresó a Roma y después de transcurrir allí unos días para venerar los lugares santos, regresó a la Galia.

[11] Después estalló repentinamente la guerra en Baviera, que se terminó en corto tiempo. Fue producto conjuntamente de la soberbia y necedad del duque Tasilón, quien, animado por su esposa, hija del rey Desiderio y que creía poder vengar, a través de su marido, el exilio de su padre, pactando con los hunos —que se encuentran al oriente de los bávaros—, no sólo intentaba desobedecer al rey, sino que le provocaba a la guerra. La cólera del rey no pudo soportar tal arrogancia,

por parecerle excesiva; y por consiguiente, convocando a sus tropas de todas partes, se dirigió en persona al río Lech con un gran ejército para atacar Baviera. Dicho río separa a los bávaros de los alamanes. Establecido su campamento a orillas del mismo, antes de entrar en la provincia, decidió sondear el ánimo del duque a través de sus enviados. Tasilón, considerando que no sería de utilidad ni para sí mismo ni para su pueblo empeñarse en seguir con las acciones, se presentó al rey como suplicante, entregó los rehenes que se le ordenaban, entre los que se hallaba también su hijo Teodón, y prestó además juramento de fidelidad, en el sentido de que no daría más oídos a nadie que quisiese persuadirle a desobedecer la autoridad del rey. Y así se puso rapidísimo fin a una guerra que parecía estar a punto de convertirse en la más importante.

Sin embargo, más tarde, Tasilón, llamado a presencia del rey, se encontró con que se le negaba el permiso de regresar a su provincia, cuyo mando se le denegó por más tiempo; en cambio, se encargó su gobierno no a un duque, sino a condes.

[12] Solucionadas de tal modo dichas sublevaciones, se emprendió la guerra contra los eslavos, que entre nosotros, por costumbre, reciben el nombre de vilzes, pero que en realidad, en su propia lengua, se llaman velátobos. En ella tomaron parte también los sajones, en calidad de auxiliares, entre los restantes pueblos que seguían los estandartes del rey porque así se les había ordenado, aunque su obediencia era fingida y menos devota. La causa de la guerra fue que los velátobos hacían frecuentes incursiones contra los abodritos, antiguamente aliados de los francos, y era imposible obligarles a que se abstuvieran de hacerlo sólo con órdenes.

Un golfo se extiende desde el océano occidental hacia el oriental, y es de una longitud desconocida, pero de una amplitud que en ninguna parte excede de los cien mil pasos, aunque en muchos sitios se revela más angosta.

Alrededor de él están establecidos muchos pueblos. Los daneses y los suecos, a los que llamamos normandos, ocupan la costa septentrional y todas las islas, mientras *que* habitan en la costa austral los eslavos, los estes y muchos otros

pueblos, entre quienes se distinguen particularmente los velátabos contra quienes entonces guerreaba el rey.

Con sólo una expedición, que había conducido personalmente, los aniquiló y venció de tal forma que con posterioridad nunca pensaron en negarse a cumplir sus órdenes.<sup>4</sup>

[13] A esta guerra sucedió la mayor de todas sus campañas, salvo la que emprendiera contra los sajones: me refiero, evidentemente, a la que libró contra los avaros o hunos, y que dispuso con más ánimos y con grandísimos recursos. No obstante, sólo realizó una campaña personal contra Panonia —pues entonces aquel pueblo habitaba dicha provincia—, dejando que se encargaran de las restantes su hijo Pipino, los prefectos de las provincias y también condes y legados. Habiendo éstos llevado a cabo su cometido con gran celo, la guerra llegó por fin a término después de ocho años.<sup>5</sup> Cuántas batallas se llevaron a cabo en su transcurso, cuánta sangre fue derramada durante el mismo, lo atestiguan Panonia, vacía de todo habitante, y el lugar en que se encontraba el palacio real del khagan,<sup>6</sup> a tal punto desierto que no se advierte hoy en él ni siquiera un vestigio de vida humana. Toda la nobleza de los hunos pereció en esta guerra, toda su gloria se desmoronó; toda su riqueza y los tesoros reunidos a lo largo de los tiempos se convirtieron en botín, y no puede recordarse guerra alguna de las emprendidas contra los francos de la que éstos hayan salido más enriquecidos y aumentados en sus recursos. Y como hasta entonces casi parecían pobres, y encontraron en el palacio real tanto oro y plata, tantos despojos preciosos obtenidos en combates, con razón podría creerse que los francos arrebataron con justicia a los hunos lo que éstos habían sacado injustamente a otros pueblos.

De los francos, sólo dos de los próceres perecieron en esa guerra: Eric, duque de Friul, en Liburnia, junto a la ciudad marítima de Tersatto, interceptado en una emboscada que le prepararan los habitantes, y Gerold, gobernador de Baviera, asesinado por un desconocido, junto con dos que le acompañaban solos mientras, a

---

<sup>4</sup> Eginardo olvida el alzamiento en 808 y las expediciones sucesivas desde entonces hasta 812.

<sup>5</sup> Erróneo: los *Anuales royales* señalan que duró de 791 a 803.

<sup>6</sup> Título que llevaba el rey de los avaros, a ejemplo de un gran número de soberanos asiáticos.

caballo, exhortaba a sus soldados uno a uno en el momento en que disponía la formación de combate para ofrecer batalla a los hunos. Por lo demás, esta guerra resultó casi incruenta para los francos y tuvo un final sumamente próspero, aunque se dilató por más tiempo del que su magnitud exigía.

Después de ésta, también la guerra contra los sajones recibió una conclusión apropiada a su larga duración. Tampoco consiguieron durar mucho las emprendidas por bohemos y linones, que estallaron después; ambas alcanzaron un rápido final bajo la conducción de Carlos el Joven.

[14] La última guerra se llevó a cabo contra los normandos, llamados daneses, quienes, después de practicar la piratería, devastaban con una poderosa flota las costas de Calia y Germania, Su rey Godofrido de tal manera se había llenado de vanas esperanzas, que se prometía el poder sobre toda Germania; también consideraba Frisia y Sajonia no de otra manera que como provincias de su propiedad. Ya había sometido a los abodritos, ya los había hecho tributarios suyos; incluso se jactaba de que en breve se presentaría con una enorme tropa en Aquisgrán, donde estaba la corte del rey. Y no se denegaba del todo la fe a sus palabras, aunque insensatas, sino que más bien se pensaba que daría comienzo a algo por el estilo, de no habérselo impedido una muerte repentina. Pues su muerte a manos de uno de sus guardianes aceleró el fin de su vida y de la guerra que había empezado.

[15] Éstas son las guerras que el poderosísimo rey llevó a cabo durante cuarenta y siete años —otros tantos fueron los años de su reinado— en diversas partes del mundo con tanta prudencia como felicidad. Con ellas amplió tan generosamente el remo de los francos, ya recibido de su padre Pipmo grande y poderoso, que casi lo aumentó al doble. En efecto, mientras anteriormente los francos denominados orientales no ocupaban más que la parte de la Galia que se extiende entre el Rin, el Loira, el océano y el mar Balear y la parte de Germania situada entre Sajonia, el Danubio, el Rin y el Saale, que separa a los turingios de los sorabos, además de los alamanes y bávaros, que entraban dentro de la esfera de poder del rey de los francos, el rey Carlos, a través de las guerras ahora recordadas, logró la anexión de Aquitania, Gascuña, toda la cadena de los montes Pirineos y la

zona que llega hasta el río Ebro, que, nacido entre los navarros, desemboca en el mar Balear bajo las murallas de la ciudad de Tortosa, después de atravesar los campos más fértiles de Hispania; luego añadió toda Italia, que, de Aosta hasta la Calabria inferior, en donde, como se sabe, están los confines entre griegos y beneventinos, se extiende en una longitud de más de un millón de pasos; luego añadió Sajonia, que es por cierto una parte nada desdeñable de Germania, donde ocupa un espacio de una longitud similar al que ocupan los francos y de una extensión que se considera el doble; después de ésta añadió ambas Panonias, la Dacia (en la otra orilla del Danubio), Istria y también Liburnia y Dalmacia, excepción hecha de las ciudades marítimas que concedió al emperador de Constantinopla en razón de su amistad y del acuerdo alcanzado con él; por último, sometió a todos los pueblos bárbaros y feroces que, establecidos entre los ríos Rin y Vístula, el océano y el Danubio, muy semejantes por su lengua pero absolutamente distintos por costumbres y forma de vida, habitan en Germania, al punto de convertirlos en tributarios: son los principales de ellos los velátabos, los sorabos, los abodritas, los bohemos; y contra éstos libró combates. En cuanto a los restantes, en número mucho mayor, aceptó su espontánea rendición.

[16] También acrecentó la gloria de su reino conciliándose la amistad de reyes y pueblos.

Por ejemplo, se vinculó tan estrechamente con Alfonso, rey de Galicia y Asturias, que éste, cada vez que enviaba a Carlos cartas o embajadores, ordenaba que no se le llamara ante el rey franco sino "su servidor".

También consiguió, gracias a su munificencia, que los reyes escoceses se inclinaran a su voluntad, al punto de no llamarle sino señor y decirse sus súbditos y siervos. Quedan cartas enviadas por ellos en las que se manifiestan de este modo sus sentimientos para con el rey.

Con el rey de los persas, Harun, quien, salvo la India, poseía casi todo el Oriente, mantuvo tal concordia en la amistad, que éste anteponía su favor a la amistad de todos los reyes y príncipes que existían en el mundo entero y consideraba que debía tratarle con todos los honores y gran munificencia. Y

cuando los embajadores del franco, a los que había enviado con ofrendas al muy sagrado sepulcro y lugar de resurrección del Señor y Salvador nuestro, presentándose a él, le descubrieron la voluntad de su señor, no sólo permitió Harun que vieran satisfechos sus deseos, sino que también consintió que aquel sitio sagrado y redentor fuese colocado bajo la autoridad de Carlos; y al regresar los embajadores los hizo acompañar por los suyos, cargados de enormes regalos para él —tejidos, perfumes y las demás riquezas de las tierras de Oriente—, siendo que ya pocos años antes le habían enviado, a su petición, el único elefante que por entonces poseía.

También los emperadores de Constantinopla, Nicéforo, Miguel y León, que por propia voluntad solicitaban su amistad y alianza, le enviaron varias embajadas. Sin embargo, como éstos sintieran fuertes sospechas de él por haber tomado el título de emperador, como si quisiera arrancarles el imperio, concluyó con ellos un solidísimo tratado, para que no quedara entre las partes ninguna ocasión de agravio. En efecto, el poderío de los francos resultaba siempre sospechoso a romanos y griegos, y de ello proviene el dicho griego: «Si tienes al franco como amigo, no lo tienes como vecino.»

[17] Pero aun cuando se mostrara tan grande en la ampliación del remo y en el sometimiento de pueblos extranjeros, y se dedicara con asiduidad a ocupaciones de tal clase, sin embargo dio comienzo en diversos lugares a muchísimas obras destinadas a ornamento y utilidad del reino, e incluso logró terminar algunas. Entre éstas pueden pasar, no sin razón, como principales la basílica de la santa Madre de Dios, de una construcción admirable, en Aquisgrán, y el puente sobre el Rin en Maguncia, de quinientos pasos de longitud (pues tal es la anchura del río en ese lugar). Con todo, este último se incendió un año antes de su muerte y no pudo ser reconstruido a causa de su fallecimiento, aunque ya meditaba hacerlo de piedra en lugar de madera.

Dio comienzo también a dos palacios de admirable arquitectura, uno no lejos de la ciudad de Maguncia, cerca de la villa que recibe el nombre de Ingelheim, y el otro en Nimega, sobre el río Waal, que baña la isla de los bátavos por la parte meridional. Pero sobre todo tomó nota de las casas de Dios que en todas partes de

su remo se encontraban en ruinas, y ordenó a los pontífices y prelados a cuyo cargo estaban que las restauraran, preocupándose, a través de sus enviados, de que sus órdenes fuesen cumplidas.

Armó una flota para emplear en la guerra contra los normandos; para ese fin hizo construir naves junto a los ríos que, desde Calía y desde Germania, desembocan en el océano septentrional. Y como los normandos devastaban con asiduas correrías el litoral galo y germánico, colocó centinelas y puestos de guardia en todos los puertos y desembocaduras de los ríos, por donde parecía que podían entrar naves, impidiendo así que el enemigo pudiese huir. Lo mismo hizo desde la parte meridional en la provincia de Narbona y Septimania, y también en todo el litoral de Italia hasta Roma contra los moros, dedicados últimamente a ejercer la piratería, Y gracias a esto, durante su vida, ningún grave daño sufrieron Italia por parte de los moros, ni Calía y Germania de los normandos, salvo que Civitavecchia, ciudad de Etruria, fue capturada y devastada por los moros debido a una traición, y en Frisia algunas islas contiguas al litoral germánico fueron saqueadas por los normandos.

[18] Es bien sabido que tal fue Carlos tanto en la protección como en la ampliación del reino, al mismo tiempo que en su embellecimiento. A partir de ahora comenzaré a hablar de las dotes de su espíritu, de su extraordinaria constancia en todas las circunstancias, prósperas o adversas, y de todo lo que concierne a su vida privada e íntima.

Habiendo repartido, después de la muerte de su padre, el reino con su hermano, soportó con tan gran paciencia la enemistad y odio de éste, que a todos pareció sorprendente que ni siquiera se dejara llevar por la ira contra él.

Después, por consejo de su madre, desposó a la hija del rey de los lombardos, Desiderio, a la que, sin que se sepa a ciencia cierta por qué, repudió al cabo de un año, y tomó en matrimonio a Hildegarda, mujer de elevada alcurnia del pueblo de los suabos. De ella tuvo tres hijos, a saber: Carlos, Pipino y Luis, y otras tantas hijas: Rotruda, Berta y Gila. Tuvo también otras tres hijas, Teodrada, Hiltruda y Rodaida, las dos primeras de *su* esposa Fastrada, que pertenecía al



pueblo de los francos orientales, o sea germánicos, y la tercera de una concubina, cuyo nombre no tengo presente en este momento. Tras la defunción de Fastrada, tomó como esposa a la alamana Liutgarda, de la que no tuvo hijos. Después de su muerte tuvo cuatro concubinas, a saber: Madelgarda, que le dio una hija de nombre Rotilda; Gersvinda, de estirpe sajona, de quien nació una hija de nombre Adaltruda; Regina, que le dio a Drogón y Hugo, y Adalinda, en quien engendró a Teodorico.

Su madre, Bertrada, envejeció junto a él rodeada de los máximos honores. En efecto, la trataba con suma reverencia, de modo que nunca surgió entre ellos discordia, salvo en el divorcio de la hija del rey Desiderio, a la que había desposado por persuasión materna. Finalmente murió tras la muerte de Hildegarda, habiendo ya visto tres nietos y otras tantas nietas en la casa de su hijo. Su hijo la hizo enterrar con grandes honores en la misma basílica en que reposa su padre, la de Saint-Denis.

Tenía una única hermana, llamada Gila, consagrada desde los primeros años de su juventud a la vida religiosa, a la que, de modo similar que a su madre, trató con gran amor. También ella murió pocos años antes del fallecimiento del rey en el monasterio en que había pasado su vida.

[19] Decidió que sus hijos debían ser instruidos de modo que tanto los hijos como las hijas se iniciaran primero en las artes liberales, a las que él también se dedicaba; luego hizo que los varones se ejercitaran en el manejo de las armas, en cabalgar y cazar, según la costumbre de los francos, en cuanto la edad lo permitió, mientras que ordenaba que las hijas se acostumbraran a trabajar la lana, se dedicaran al huso y a la rueca, para que no se dejaran llevar por el ocio, y que se les enseñara todo lo correspondiente a una mujer honesta.

De todos estos, sólo perdió dos hijos y una hija antes de morir él mismo: Carlos, el mayor de edad, Pipino, al que había hecho rey de Italia, y Rotruda, que era la mayor de sus hijas y había sido prometida en matrimonio a Constantino, emperador de los griegos. De ellos, Pipino dejó a su muerte un hijo, Bernardo, y cinco hijas, Adelaida, Atula, Cendrada, Bertaide y Teodrada: en ellos dejó el rey señalada prueba de su afecto, cuando, al morir su hijo, hizo que su nieto sucediera

al padre y que sus nietas fueran educadas junto con sus propias hijas. Soportó con menos resignación que lo que hacía prever la fuerza de ánimo que le distinguía las muertes de sus hijos e hija, viéndose llevado a las lágrimas por el amor paterno, en el que era no menos insigne.

Asimismo, cuando se le anunció el fallecimiento del romano pontífice Adriano, a quien consideraba el principal entre sus amigos, lloró como si hubiese perdido a un hermano o un hijo amadísimo. Pues era sumamente equilibrado en sus amistades: las hacía fácilmente, las mantenía con suma constancia, y cultivaba con gran devoción a todos aquellos con los que se había unido por este vínculo. Demostró tanta atención por la forma en que se educaban sus hijos e hijas, que nunca, en su casa, cenaba sin ellos, jamás se ponía en marcha sin ellos. Sus hijos cabalgaban a su lado, mientras las hijas los seguían detrás, cerrando el cortejo, con algunos guardianes encargados de protegerlas.

Siendo ellas muy hermosas, y amándolas como las amaba, es extraño que nunca quisiera darlas en matrimonio, a ninguna, a alguien de los suyos o a un extranjero; por el contrario, las retuvo a todas consigo en su casa hasta el momento de su fallecimiento, diciendo que no podía privarse de su compañía. Y a causa de ello, aunque en otras cosas afortunado, experimentó la malignidad de la adversa fortuna. Sin embargo, disimuló, como si jamás hubieran corrido rumores sobre ellas o hubiese surgido sospecha alguna sobre su deshonor.

[20] De una concubina había tenido un hijo, de nombre Pipino, a quien no he mencionado entre los demás, de bella apariencia, aunque giboso. Aprovechando el hecho de que su padre, en guerra con los hunos, pasaba el invierno en Baviera, simuló una enfermedad para conspirar contra él con algunos de los principales francos que le habían seducido con vanas promesas de hacerle ceñir la corona. Después de descubrir el fraude y de condenar a los conjurados, Carlos le concedió recibir la tonsura en el convento de Prüm, ya que su hijo había expresado el deseo de consagrarse a la vida religiosa.

Con anterioridad, también se había producido otra peligrosa conspiración contra el rey, en Germania. Sus responsables, algunos privados de la vista, otros

indemnes, fueron todos condenados al exilio y deportados; ninguno de ellos recibió como castigo la muerte, sino tan sólo tres, que, como se defendieran desenvainando las espadas para no ser apresados y hubieran incluso matado a algunos, fueron muertos, dado que no se les podía reducir de otro modo.

Se cree, sin embargo, que de estas conspiraciones la causa y origen fue la crueldad de la reina Fastrada; y en ambas se conspiró contra el rey, porque, consintiendo la crueldad de su esposa, parecía haberse salido de forma exorbitante de la acostumbrada mansedumbre y benignidad de su índole. Por lo demás, durante todo el tiempo en que vivió, lo hizo, en su casa o fuera de ella, con gran amor y favor por parte de todos, al punto de que nunca nadie le hizo el más mínimo reproche de crueldad injusta.

[21] Amaba a los peregrinos y demostraba suma atención al recibirlos, de tal modo que no sin razón su gran número parecía una carga onerosa no sólo para el palacio sino también para el reino. Sin embargo, él, con su grandeza de ánimo, no se sentía molesto en absoluto por un peso de tal tipo, ya que sentía recompensados sus enormes gastos y esfuerzos con el elogio de su liberalidad y la recompensa de la buena fama.

[22] Fue de cuerpo amplio y robusto, de estatura elevada, que con todo no pasaba de la justa medida —pues consta que su talla era de siete pies de alto—, de cabeza terminada en forma redonda, de ojos muy grandes y vivaces, de nariz algo mayor que la media, de bellos cabellos blancos, de cara alegre y jovial, de todo lo cual adquiría, en su aspecto, tanto sentado como de pie, autoridad y • dignidad. Aunque su cuello parecía grueso y corto y su vientre algo prominente, la equilibrada armonía de los demás miembros lo disimulaba. Su paso era resuelto, y viril toda la apariencia de su cuerpo; tenía la voz clara, pero esto no convenía en absoluto a su aspecto físico; de muy buena salud, salvo por el hecho de que, antes de su muerte, en los últimos cuatro años le acometían frecuentes accesos febriles, y al final incluso cojeaba. Pero entonces también hacía casi todo siguiendo más su criterio que el de los médicos, a los que casi odiaba, porque le aconsejaban que dejara los alimentos asados, a los que estaba habituado, y se acostumbrara a los hervidos.

Practicaba con asiduidad la equitación y la caza, cosa que le venía de nacimiento, pues apenas podrá encontrarse un pueblo en el mundo que pueda igualar a los francos en este tipo de ejercicios. También se deleitaba con los vapores de aguas termales, ejercitando su cuerpo reiteradamente en la natación, en la que fue maestro tan consumado que nadie, con justicia, podría haber sido considerado superior a él. Incluso por esta razón construyó un palacio en Aquisgrán, donde residió permanentemente en los últimos años de su vida hasta su muerte. Y no sólo invitaba a los baños a sus hijos, sino a amigos y nobles, e incluso algunas veces a una multitud de guardianes y guardias de corps, de modo que a veces se encontraban en el agua junto con él cien hombres o más.

[23] Llevaba el vestido nacional de los francos: sobre el cuerpo, una camisa y calzones de lino; encima, una túnica bordada de seda y unos calzoncillos largos; después, envolvía sus piernas en cintas y bandas y sus pies en calzados, y protegía del frío sus hombros y pecho con un jubón de pieles de nutria o de ratón, envuelto en un sayo azulado; ceñía siempre una espada, cuya empuñadura y vaina eran siempre de oro o de plata. A veces usaba también una espada larga adornada de piedras preciosas, pero sólo en las fiestas más importantes o cuando llegaban embajadores de pueblos extranjeros. Rechazaba, eso sí, la indumentaria de otras naciones, por más que fuera muy hermosa, y no sufría que se le vistiera con ella, salvo en Roma, una vez porque se lo suplicó el pontífice Adriano y otra a petición del sucesor de éste, León, cuando vistió una túnica larga y la clámide y se calzó también según la costumbre romana. Durante las festividades se presentaba adornado con una vestimenta tejida en oro, calzado decorado con gemas, un broche de oro que sujetaba su sayo, y una diadema también de oro y piedras preciosas. Pero en los otros días su forma de vestirse se diferenciaba poco de la común y plebeya.

[24] Moderado en la comida y la bebida, pero aún más en esta última porque abominaba la ebriedad en cualquier hombre, y mucho más en él mismo y en los suyos. No podía abstenerse igualmente de la comida, y a menudo se quejaba de que los ayunos resultaban dañosos para su cuerpo.

Poquísimas veces ofrecía banquetes, y sólo en las festividades más

importantes, pero entonces con gran cantidad de convidados, Su cena cotidiana constaba tan sólo de cuatro platos, además del asado, que los cazadores acostumbraban ensartar en los asadores, y que comía con más agrado que cualquier otro alimento. Durante la cena oía un poco de música o a un lector. Se leían las historias y hazañas de los antiguos. También le agradaban los libros de San Agustín, y en especial el titulado *La ciudad de Dios*.

Era tan moderado con el vino y con cualquier otra bebida, que raramente bebía en la cena más de tres veces. En el verano, después de la comida del mediodía, tomaba algunas frutas, bebía una vez, y se desvestía y descalzaba como acostumbraba hacer durante la noche, para descansar dos o tres horas. Por las noches, se despertaba durante el sueño cuatro o cinco veces, teniendo incluso que levantarse todas ellas.

Mientras se vestía y calzaba, no sólo recibía a los amigos, sino también, en el caso de que el conde de palacio le dijera que había un litigio que no podía decidirse sin su intervención y orden, hacía entrar de inmediato a los litigantes y, como si estuviera sentado en el tribunal, después de escuchar la exposición de la querrela, dictaba sentencia; y no sólo decidía esto entonces, sino también todo lo que en ese día debía hacerse en cada servicio o las órdenes que había que dar a sus subordinados.

[25] Tenía la palabra fácil y exuberante y podía expresar con muchísima claridad lo que deseaba. Y no satisfecho con el uso de su lengua materna, también se dedicó al estudio de las lenguas extranjeras; y aprendió el latín de modo tal que solía hablar con él igual que en su lengua materna; pero el griego podía entenderlo mejor que hablarlo. Era tan fácil de palabra y elocuente que podía llegar a parecer un tanto burlón y cáustico.

Cultivó con gran afán las artes liberales y, lleno de veneración por los sabios que las enseñaban, los trataba con los máximos honores. Durante su estudio de la gramática escuchó las lecciones de Pedro de Pisa, el diácono, ya anciano; en las demás disciplinas tuvo por preceptor a Alcuino, llamado Albino, también diácono, hombre de estirpe sajona procedente de Gran Bretaña y el varón más

sabio de su época. Junto a él dedicó mucho tiempo y esfuerzo al aprendizaje de la retórica y la dialéctica, pero sobre todo de la astronomía. Aprendía el arte del cálculo y examinaba con gran curiosidad y sagaz atención el curso de los astros. También intentaba escribir, y para ello solía tener en el lecho, bajo las almohadas, tablillas y pliegos de pergamino, a fin de acostumbrar la mano a trazar las letras, cada vez que tuviera tiempo libre; pero este esfuerzo, comenzado demasiado tarde, tuvo poco éxito.

[26] Practicó devotísimamente y con gran piedad la religión cristiana, en la que se educó desde la primera infancia, y por ello construyó en Aquisgrán una basílica de excelsa belleza y la adornó de oro, plata y candelabros, y también de balaustradas y puertas de bronce macizo. Como para levantar el edificio no pudiera encontrar en otra parte columnas y mármoles, se ocupó de hacerlos venir de Roma y Ravena.

Frecuentaba infatigablemente la iglesia por la mañana y la tarde, e igualmente en los oficios de la noche y en el momento del sacrificio de la misa,<sup>7</sup> mientras la salud se lo permitió, y se cuidaba mucho de que todo lo que ocurría en ella lo hiciera con la mayor honestidad, amonestando frecuentísimamente a los sacristanes que no permitieran que se trajera o quedara en ella nada indecente o sórdido. Se ocupó de que hubiera en ella tal cantidad de vasos sagrados de oro y plata y de ornamentos sacerdotales que durante la celebración de las misas ni siquiera los porteros, que son los últimos de los órdenes eclesiásticos,<sup>8</sup> tenían necesidad de ejercer su ministerio en vestido particular.

Demostró especial diligencia en corregir la forma de leer y salmodiar, pues era sumamente erudito en ambas cosas, a pesar de no leer en público y no cantar sino con el resto de los fieles y en voz baja.

[27] Se mostró devotísimo en la práctica del sustento de los pobres y la liberalidad gratuita, que los griegos llaman limosna, al punto de no conformarse con ocuparse de ello sólo en su patria y en su reino, sino también allende los mares,

---

<sup>7</sup> Como sólo había una misa por la mañana, en esa época, Eginardo quiere decir que el rey asistía también a las "horas" matutinas, vespertinas y nocturnas. (N. del E.)

<sup>8</sup> Cuatro son los órdenes "menores": portero, lector, exorcista, acólito. (N. del E.)

en Siria, Egipto, África, Jerusalén, Alejandría y Cartago, de donde le habían llegado noticias de la existencia de cristianos que vivían en la pobreza: compadeciéndose de sus penurias, solía enviarles dinero, y buscaba la amistad de los reyes de ultramar sobre todo para que los cristianos necesitados bajo el dominio de aquéllos encontraran algún alivio y consuelo.

Más que a los demás lugares sagrados y venerables distinguía con su devoción a la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro, en Roma. Reunió grandes sumas de oro, plata y también piedras preciosas, que le donó; envió muchos e innumerables presentes a los pontífices, y en todo el tiempo que duró su reinado no consideró nada más importante que restaurar por medio de sus esfuerzos y acciones la antigua autoridad de la ciudad de Roma, y no sólo defender y proteger con su brazo la iglesia de San Pedro, sino también enriquecerla y adornarla con sus recursos para que brillara por encima de todas las otras. Pero aunque la tuviera en tanta consideración y estima, en el período de cuarenta y ocho años de su reinado, sólo la visitó en cuatro oportunidades con el fin de cumplir sus promesas y rezar.

[28] No sólo fueron éstas las causas de su última visita, sino también el que los romanos obligaron al pontífice León, objeto de sus muchas violencias —le habían arrancado los ojos y cortado la lengua—, a implorar el socorro del rey. Así pues, se dirigió a Roma con el objeto de restablecer la situación de la Iglesia, en extremo perturbada, y allí permaneció todo el invierno. En esa época recibió el nombre de emperador y augusto. Y en un primer momento se mostró tan contrario a ello que llegó a afirmar que en ese día, aunque fuera una festividad mayor, no hubiera entrado en la iglesia de haber podido conocer por anticipado el proyecto del pontífice. Con todo, soportó con gran paciencia la indignación de los emperadores romanos,<sup>9</sup> que sentían odio y envidia por el título que había tomado; y venció la obstinación de aquéllos con su magnanimidad, en la que les llevaba gran ventaja fuera de toda duda, enviándoles frecuentes embajadas y llamándolos hermanos en sus cartas.

[29] Después de recibir el título imperial, advirtiendo que mucho faltaba a

---

<sup>9</sup> Los emperadores orientales se consideraron siempre como herederos de los primeros emperadores romanos, cuyo título habían llevado siempre. (N. del E.)

las leyes de su pueblo —pues los francos tienen dos leyes, muy diferentes en muchísimos puntos—, pensó en añadir lo que faltaba, hacer coherente lo discrepante, y corregir los errores y las faltas de redacción. Pero de todo esto no hizo más que agregar unos pocos artículos, e inacabados, a las leyes. Sin embargo, hizo poner por escrito las leyes que aún no lo estaban de todos los pueblos sometidos a su dominio.

Igualmente ordenó transcribir los antiquísimos poemas bárbaros, en los que se cantaban los actos y las guerras de los antiguos reyes, para que su recuerdo no se perdiese. También dio principio a una gramática de su lengua materna.

También dio a los meses los nombres en su propia lengua, ya que antes de entonces los francos los llamaban en parte con nombres latinos y en parte con nombres bárbaros. Actuó del mismo modo con los nombres de los doce vientos, para los cuales antes no había sino cuatro como máximo que pudieran designarlos en su lengua. Y a los meses los llamó como sigue: a enero, *wintarmanoth*; a febrero, *hornung*, a marzo, *lentzinmanoth*; a abril, *ostarmanoth*; a mayo, *winnemanoth*; a junio, *brachmanoth*; a julio, *heuuimanoth*; a agosto, *aranmanoth*; a septiembre, *witumanoth*; a octubre, *windumemanoth*; a noviembre, *herbistmanoth*; a diciembre, *heilagmanoth*. En cuanto a los vientos, les impuso los nombres del siguiente modo: el viento del este se llamaría *ostroniwint* el euro o del sudeste, *ostsundroni*; el del sud-sudeste, *sundostroni*; el del sur, o austro, *sundroni*; el del sud-sudoeste, *sundwestroni*; el del sudoeste, *westsundroni*; el céfiro, o del oeste, *westroni*; el del noroeste, *westnordroni*; el del nor-noroeste, *nordwestroni*; el del norte, o septentrión, *nordroni*; el de nor-noreste, o aquilón, *nordostroni*; el del noreste, *ostnordroni*.

[30] Al final de su vida, como le doblegara el peso de la enfermedad y la vejez, hizo llamar a su presencia a Luis, su hijo y rey de Aquitania, y el único de los hijos de Hildegarda que le quedaba, y congregados en asamblea general los principales de todo el reino de los francos, por consejo de todos le nombró su asociado en todo el reino y heredero del título imperial. Luego, imponiéndole la diadema en la cabeza, ordenó que se le llamara agosto y emperador. Esta decisión fue acogida por todos los presentes de manera muy favorable, pues parecía



inspirada por Dios en bien del remo. Este hecho aumentó aún más la majestad de Carlos e inspiró un terror no pequeño a los pueblos extranjeros. Después, tras despedir a su hijo, que marchó a Aquitania, de la manera acostumbrada, aunque cargado de años, se dirigió a cazar no lejos de su palacio de Aquisgrán, y regresó allí alrededor de las calendas de noviembre, tras pasar el resto del otoño ocupado en aquella actividad.

Mientras pasaba en su palacio el invierno, atacado en el mes de enero por una fuerte fiebre, tuvo que guardar cama. De inmediato, como solía hacer en los casos de fiebre, se prescribió una dieta, pensando que con esta abstinencia de alimento podría liberarse de la enfermedad o al menos mitigarla. Pero al añadirse a la fiebre un dolor del costado, al que los griegos llaman pleuresía, y persistiendo él en seguir la dieta, sin sustentar su cuerpo más que con poquísimas bebidas, al séptimo día de guardar cama murió después de recibir la sagrada comunión. Contaba entonces setenta y dos años de edad y llevaba cuarenta y siete de reinado. El fallecimiento ocurrió el quinto día de las calendas de febrero, a la tercera hora del día.<sup>10</sup>

[31] Su cuerpo, según el rito, lavado y vestido, fue llevado a la iglesia e inhumado entre la absoluta desolación de todo el pueblo. Se dudó primero acerca del lugar del entierro, ya que él mismo, en vida, no había ordenado nada al respecto. Finalmente quedó claro en el espíritu de todos que en ninguna parte podía tener mejor sepultura que en la basílica que por amor de Dios y Nuestro Señor Jesucristo y en honor de su santa madre, eternamente virgen, había construido en aquel sitio a sus expensas. Fue sepultado en ella el mismo día en que murió, y sobre el túmulo se colocó una arcada dorada con su retrato y una inscripción. Dicha inscripción lleva el siguiente texto:

BAJO ESTA LOSA ESTÁ COLOCADO EL CUERPO DE CARLOS, GRANDE  
Y ORTODOXO EMPERADOR, QUE AMPLIÓ NOBLEMENTE EL REINO DE  
LOS FRANCO Y GOBERNÓ FELIZMENTE DURANTE XLVII AÑOS.  
FALLECIÓ SEPTUAGENARIO EN EL AÑO DEL SEÑOR DCCCXIII,  
INDICCIÓN VII, EL V DE LAS CALEÑO AS DE FEBRERO.

---

<sup>10</sup> O sea, el 28 de enero, a las nueve de la mañana. (N. del E.)

[32] Numerosos presagios de su próximo fin habían tenido lugar, de modo que no sólo los otros, sino incluso él mismo, comprendían el contenido de su mensaje.

Durante tres años sucesivos, próximos al final de su vida, se vieron frecuentes eclipses de sol y de luna, y se percibió una mancha de color negro en el sol por un período de siete días. Un pórtico, que Carlos había hecho construir entre la basílica y el palacio, de pesada arquitectura, quedó reducido a escombros súbitamente el día de la Ascensión del Señor. Del mismo modo el puente sobre el Rin, a su paso por Maguncia, que él mismo había hecho levantar durante diez años con enorme esfuerzo, de tan admirable construcción de leño que parecía poder durar eternamente, ardió en tres horas por un incendio casual a tal punto que de él no quedó ni una astilla, salvo lo que cubriera el agua.

El rey en persona, mientras dirigía la última expedición contra Godofrido, rey de los daneses, en Sajonia, un día, saliendo del campamento antes de la salida del sol para ponerse en marcha, vio de repente que una antorcha de luz resplandeciente caía del cielo a través del aire sereno, de derecha a izquierda; y en tanto todos se preguntaban qué significaría aquel portentoso, súbitamente el caballo que montaba cayó hacia adelante y dio con él en tierra tan pesadamente que resultó roto el broche del sayo y arrancada la vaina de la espada. Los servidores que asistían al hecho y se apresuraron a levantarlo le encontraron desarmado y sin manto; también la jabalina, que casualmente llevaba en la mano, se le escapó con tal fuerza que se la encontró a una distancia de veinte o más pies.

Se añadió a esto un frecuente temblor del palacio de Aquisgrán y un sostenido crujir de los techos en las habitaciones donde residía. También resultó fulminada la basílica en donde luego fue sepultado, y la manzana de oro que remataba el techo fue arrancada por el rayo y arrojada sobre la residencia del obispo, contigua a la basílica. En esta misma había, en el borde de la parte de pared comprendida entre las arcadas inferiores y superiores, una inscripción en letras rojas que explicaba quién era el fundador de la iglesia, en cuyo último verso se leía: KAROLUS PRINCEPS («el príncipe Carlos»): varios advirtieron que, en el mismo año de su muerte, pocos meses antes, las letras que componían la palabra

PRINCEPS se encontraban tan borradas que casi no se las podía descifrar. Pero el rey no tomó en cuenta o despreció todo lo dicho, como si ninguna de estas cosas tuvieran relación con él de modo alguno.

[33] Decidió hacer un testamento, según el cual sus hijas y los hijos de sus concubinas participaran de su herencia; pero, comenzado muy tarde, no pudo concluirlo. Con todo, realizó, en presencia de sus amigos y servidores, la división de sus tesoros, dinero, vestidos y el resto de su mobiliario tres años antes de morir, conjurándolos para que, tras su fallecimiento, la distribución que había hecho fuera sancionada por medio del voto de todos ellos; e hizo consignar en un inventario lo que quería que se hiciese con lo que había repartido.

El texto y las disposiciones del mismo son como sigue: «En el nombre del Señor Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo: sigue la división y el reparto que el gloriosísimo y piadosísimo señor Carlos, emperador augusto, en el año 811 de la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, en el año 43 de su reinado en Francia y en el 36 de su reinado en Italia, como asimismo en el 11 de su imperio, en la 4.<sup>a</sup> indicción, con piadosa y sabia resolución ordenó hacer y que, con la gracia de Dios, llevó a cabo, de sus tesoros y el dinero que en aquel día se encontró en su habitación.

»Con él quiso especialmente velar por que no sólo se hiciera también en su nombre una distribución metódica y razonable de su dinero en forma de limosnas, como hacen tradicionalmente los cristianos con sus posesiones, sino que sus herederos, sin ningún tipo de ambigüedad, pudiesen saber con certeza qué les debía tocar y sin disputa ni protesta se repartieran de modo equitativo lo suyo.

»Así pues, con esta intención y propósito, repartió primero en tres partes todo su dinero y los bienes muebles que en ese día, como queda dicho, en forma de oro y plata y piedras preciosas y ornamento real, se pudo encontrar en aquella habitación suya; en segundo lugar, subdividiendo esas partes, se reservó una tercera íntegra y de las otras dos hizo veintiuna. Dicha división de dos partes en veintiuna tuvo por razón que, como en su reino se sabe que existen veintiuna ciudades metropolitanas, quiso que cada una de aquellas partes llegue a cada

ciudad por manos de sus herederos y amigos en calidad de limosna, y que el arzobispo que en ese momento sea rector de cada iglesia metropolitana, tomando la parte que haya sido dada a su iglesia, la reparta a su vez con sus sufragáneos del siguiente modo: la tercera parte será de su iglesia, mientras las otras dos se dividirán entre sus obispos sufragáneos.

«Cada una de estas divisiones que se hicieron de las dos primeras partes según las ciudades metropolitanas fue separada de las restantes y sellada y depositada en su cofre con la indicación sobre cada una del nombre de la ciudad a la que se deberá entregar. Los nombres de las metrópolis a las que se deberán hacer estas limosnas o dádivas son los siguientes: Roma, Ravena, Milán, Cividale (Friul), Orad, Colonia, Maguncia, Juvavum (también conocida como Salzburgo), Tréveris, Sens, Besanzón, Lyon, Rúan, Reims, Arles, Vienne, Tarantaise, Embrun, Burdeos, Tours y Bourges.

»La razón de la tercera parte que quiso reservarse íntegra es que, mientras aquellas distribuidas en la forma de reparto arriba mencionadas quedan guardadas bajo sello, esta tercera se deberá utilizar en sus necesidades cotidianas, y comprenderá todo aquello de que no haya constancia que esté alienado del dominio del poseedor por ninguna obligación de voto; y esto será así en tanto que esté con vida o juzgue que tiene necesidad de ello. Pero después de su muerte o su renuncia voluntaria a las cosas de este mundo dicha parte se deberá subdividir en cuatro: una de ellas se añadirá a las veintiuna partes arriba mencionadas; otra se dividirá, de modo justo y razonable, entre sus hijos e hijas y entre los hijos e hijas de sus hijos; la tercera, según la costumbre cristiana, se gastará en socorrer a los pobres; la cuarta, de manera similar, será distribuida para la manutención y remedio de las necesidades de los siervos y siervas que se encargan del servicio de palacio.

»En cuanto a la capilla, o sea al ministerio eclesiástico, ordenó que tanto lo que él mismo ha obtenido y acumulado como lo que heredara de su padre, permaneciera intacto y no se repartiera de ningún modo. Pero si se encontraran vasos o libros u otros adornos que claramente constaran no haber sido donados por él a dicha capilla, quien desee tenerlos podrá comprarlos por un justo precio,

mientras las recaudaciones serán distribuidas a los pobres.

«Queda constancia de que se encuentran, entre los otros tesoros y riquezas, tres mesas de plata y una de oro de considerable magnitud y peso. Sobre ellas resolvió y decidió que una, de forma cuadrangular, que contiene el plano de la ciudad de Constantinopla, sea entregada, junto con las otras ofrendas que han sido previstas para ello, a la basílica del bienaventurado apóstol Pedro, en Roma; la segunda, de forma redonda, sobre la que está representada la ciudad de Roma, se obsequiará al obispado de Ravena; la tercera, que sobrepasa en mucho a las otras por trabajo, belleza y peso, que abarca, en tres orbes concéntricos, un mapa del mundo entero dibujado en rasgos sutiles y menudos, y la de oro, señalada como cuarta, quedarán, por su decisión, en la tercera de las partes que se dividirá entre sus herederos y las limosnas.

»Tomó estas disposiciones y resoluciones en presencia de obispos, abades y condes que entonces pudieron asistir y cuyos nombres se detallan a continuación.

»Obispos: Hildebaldo, Ricolfo, Arn, Wolfario, Bernoino, Laidrado, Juan, Teodolfo, Jesse, Heito, Waltgaudo.

«Abades: Fridugiso, Adalungo, Engelberto, Irmino.

»Condes: Walah, Meginher, Odulfo, Esteban, Unroc, Burchardo, Meginardo, Hatón, Ricuino, Edón, Ercangario, Geroldo, Bero, Hildigerno, Roculfo.»

Su hijo Luis, que le sucedió por orden divina, después de inspeccionar ese mismo escrito, se preocupó de cumplir, tras la muerte del rey y con suma devoción, todo lo expuesto a la mayor brevedad posible.

## APÉNDICE

(Prólogo a la vida de Carlomagno de Walafrido Estrabón)

Lo que sigue, referente a la vida y obras de gloriosísimo emperador Carlomagno, tiene por autor a Eginardo, varón palatino digno de elogio entre todos los de esta época no sólo por su ciencia sino también por la absoluta honestidad de sus costumbres, quien, como aquel que ha tomado parte en casi todo lo que narra, lo describe, corroborándolo con su testimonio, de la manera más pura y verdadera.

Nacido, en efecto, en la Francia oriental, en el condado que lleva por nombre Moingeuvi,<sup>11</sup> recibió, muy niño, los primeros rudimentos de nutrición espiritual en el monasterio de Fulda, bajo la guía pedagógica de San Bonifacio mártir;<sup>12</sup> luego, por su singular capacidad e inteligencia, que ya entonces prometía en él ese enorme ejemplo de sabiduría que posteriormente demostró brillantemente, antes que por su nobleza, notable con todo, Baugolfo, abad del monasterio antes mencionado,<sup>13</sup> fue enviado al palacio de Carlos: pues éste, entre todos los reyes, era el más ávido en la búsqueda diligente de sabios y en ofrecerles los medios para que pudiesen filosofar en paz y comodidad, y en razón de esto consiguió volver la extensión nebulosa y, por así decirlo, casi ciega, del reino que Dios le confiara, en un país luminoso por la nueva irradiación de toda la ciencia, en parte desconocida antes para este mundo bárbaro, y de visión penetrada por la claridad de Dios. Pero ahora, con la rápida declinación de los estudios, la luz de la sabiduría, tan poco estimada, se debilita y pierde brillo.

Así pues, el mencionado hombrecillo —pues parecía despreciable por su estatura— consiguió en la corte de aquel Carlos amante de la ciencia, en razón de su prudencia y probidad, tal renombre que entre todos los servidores de la majestad real no había casi ninguno a quien el rey más poderoso y sabio de los de entonces confiara más los secretos de su intimidad. Y en verdad no se trataba de un honor innecesario, ya que no sólo en los tiempos del mismo Carlos, sino también —lo que es más asombroso— bajo el emperador Luis, cuando el Estado de los francos

---

<sup>11</sup> Corresponde, aproximadamente, al valle inferior del Main. (N. del E.)

<sup>12</sup> Con más propiedad, la escuela fundada por San Bonifacio. (N. del E.)

fluctuaba en medio de diversas y muchas perturbaciones y en muchos casos se mostraba decadente, con una admirable facultad de equilibrio inspirada por Dios, logró protegerse, gracias a la ayuda divina, de suerte que pudo conservar intacta, sin faltar a ella, su propia reputación, que a muchos les había acarreado envidia y desgracia, y salir indemne de peligros que parecían irremediables.

Decimos todo esto para que nadie se atreva a poner en duda sus palabras por no saber la excepcional alabanza que debía a su amado protector y su preocupación por exponer a la curiosidad del lector la verdad más límpida. Por mi parte, yo, Estrabón, he puesto a este opúsculo títulos y divisiones, según me pareció coherente, para que quien desee consultar aspectos particulares pueda hacerlo con mayor facilidad.<sup>14</sup>

---

<sup>13</sup> Baugolfo fue abad de Fulda de 779 a 802. (N. del E.)

<sup>14</sup> Después de este prólogo, que creemos útil para ilustrar al lector sobre el concepto que merecía Eginardo a su inmediata posteridad y sobre su propia personalidad, Estrabón reproducía el texto separándolo, por primera vez, en capítulos titulados. Hemos juzgado preferible volver a la presentación continua del autor. (N. del T.)